

alaíde foppa

lo que escriben las mujeres

En el curso de los últimos quince años las mujeres han escrito más que en toda la historia de la humanidad. Han publicado más libros, en primer lugar, pero han fundado también un número impresionante de revistas escritas por mujeres (algunas efímeras, pero muchas permanentes desde hace cuatro, cinco, seis años), y han estado más presentes que nunca en el periodismo cotidiano; el personaje de "la reportera" se ha vuelto muy frecuente, y la carrera de Ciencias de la Comunicación está entre las preferidas por las muchachas. No es un hecho casual, puesto que se da paralelamente al creciente acceso de las mujeres a la educación —en particular a la educación superior— y a su mayor injerencia en todos los campos de la vida social; pero, por ser la palabra la manera por excelencia de *expresarse*, vale la pena tratar de ver lo que expresan las mujeres en este campo. Lejos estamos todavía de la famosa igualdad (ya no hace falta decir en qué y con quién), mas si en algo se nota el cambio es en el hecho de que la mujer que escribe es vista cada día menos como excepción. De ahí que ya no se acostumbre decir —en su elogio, por supuesto— que tal buena periodista "escribe como un hombre".

Por otra parte, dentro de la escasa participación de las mujeres en el quehacer del mundo, es precisamente a través de la

escritura como algunas empezaron a manifestarse desde épocas lejanas. Esa famosa "habitación propia" de la que habla Virginia Woolf —condición mínima para escribir, negada a la imaginaria hermana de Shakespeare— la tuvieron algunas privilegiadas desde antes del Renacimiento (y supongo que también Safo la tenía cuando lloraba su soledad); y el privilegio, vinculado al de una educación excepcional, ofreció la manera de llenar ocios aristocráticos, sin salir del encierro doméstico.

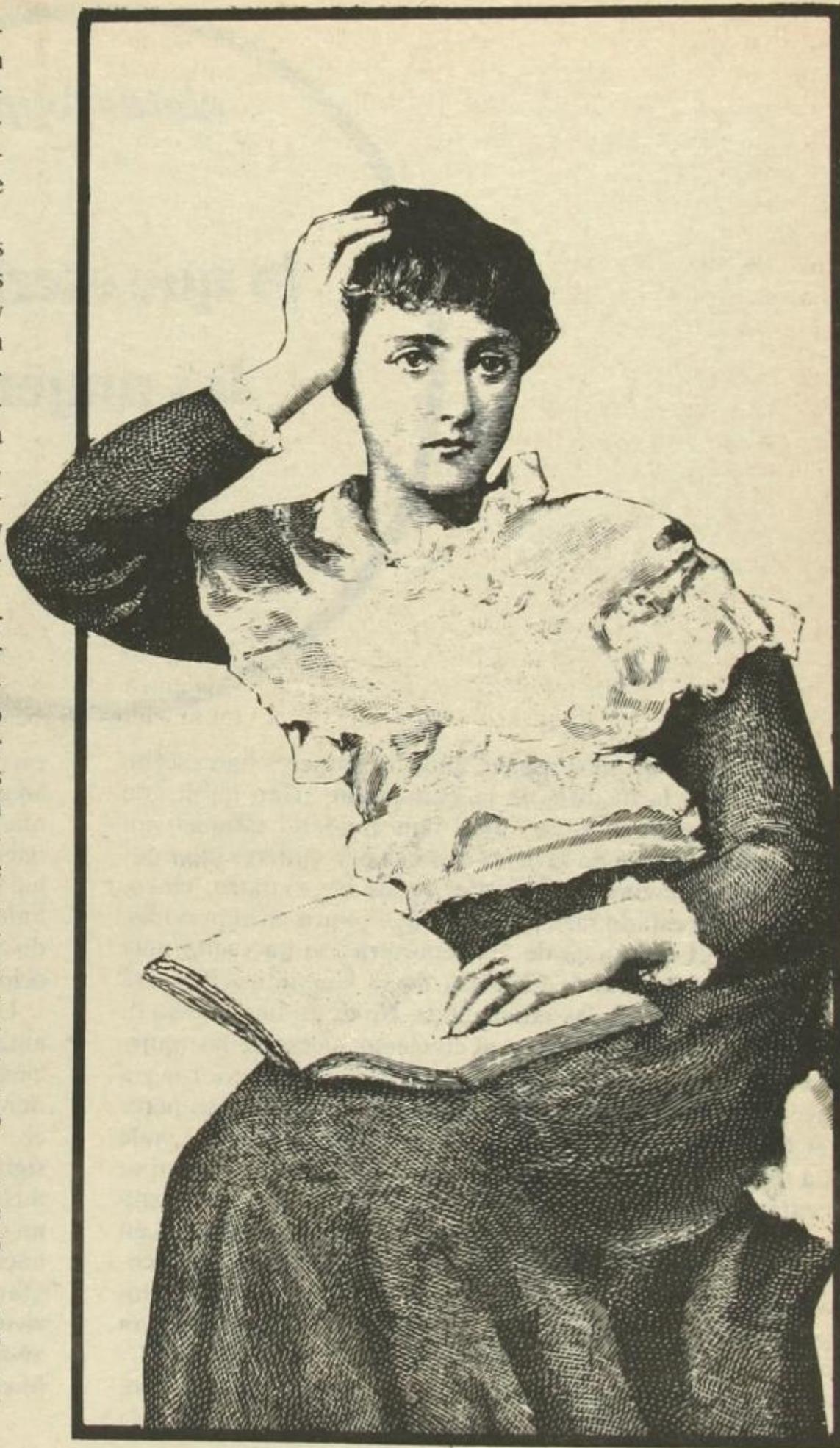
Lo primero que escribieron las mujeres fueron poemas de amor y, sobre todo, poemas de soledad y añoranza. Esa habitación propia, sin tener con quién compartirla, tampoco la sintieron como un privilegio las poetisas dolientes: Marie de France, Beatrice de Die, lloran ausencias, como las llorará, dos siglos más tarde, Cristina Pisano, y un poco después la desdichada María Estuardo, que escribió versos franceses según los modelos de Ronsard y Du Bellay. También las italianas del Renacimiento escriben poesías amorosas y dolientes: Gaspara Stampa sueña aquella "noche más clara que el más claro día" vivida con el amado, y la severa Vittoria Colonna no deja de añorar al marqués que la dejó viuda, sorda al platónico amor de Miguel Angel. Es una excepción entre las poetisas aristocráticas

Margarita, reina de Navarra y hermana de Francisco I de Francia, que no se limitó a la poesía amorosa, sino que escribió un libro de cuentos inspirado en el modelo de Boccaccio, el *Heptamerón* (editado recientemente también en español), una comedia y varias obras de carácter religioso que, en esa primera mitad del siglo XVI cuando se plantea la dramática opción entre catolicismo y reforma, hablan de libres sentimientos religiosos.

No voy a hacer, por supuesto, "una galería de escritoras célebres a través de los siglos"; sólo intento, al recordar algunos nombres, señalar por qué escribían esas mujeres, por qué ellas y no otras, y qué escribían. La más inmediata y obvia explicación a lo primero sería: escribían porque sabían escribir. Esa condición no la llenaban a fines de la Edad Media y en el Renacimiento ni el veinte por ciento de las mujeres (el analfabetismo existía también entre los hombres, pero, en proporción mucho menor). La formación científica, filosófica, humanista, era, naturalmente, aún más limitada; de manera que las pocas que escribían y querían decir algo, eran sus penas y sus abandonos lo más inmediato que podían expresar.

En ambientes aristocráticos y cerrados empiezan a escribir también las francesas del culto siglo XVII. Y ya no poesía; y por lo menos, no sólo poesía: muchas cartas, pulidas, elegantes, ingeniosas, llenas de jugosos chismes y de tiernas efusiones, como las de Madame de Sévigné. (Por lo demás, el género epistolar parece convenir especialmente a las mujeres, que suelen ser más inmediatas y ágiles, menos convencionales que los hombres en el diálogo escrito). Y también escriben las mujeres largas novelas sentimentales y aventurosas: las de Mademoiselle de Scudéry, por ejemplo (*Clelia*, escrita entre 1656 y 1660, comprende diez tomos), dentro de ese mundo mundano-intelectual que vive en torno a las *preciosas*, las marisabidillas, las pedantes, las sabiondas, tan agudamente criticadas por Molière, no sin injusticia. Lo que le parecía ridículo al gran comediógrafo —y en alguna medida lo era— no dejaba de ser el despertar de un grupo de mujeres que preferían las letras a la costura, y que se atrevían a considerar el matrimonio como algo aburrido y prosaico en comparación con las aventuras literarias. La vida de salón, centrada en la conversación brillante, ingeniosa, inteligente, y alimentada por la presencia de mujeres que tienen esas cualidades, nace en el Hotel de Rambouillet y su eco llega hasta la obra de Proust.

Vuelvo a subrayar que las mujeres escriben, leen, conversan espiritualmente, con mayor o menor ingenio, sólo en los medios privilegiados; y por lo tanto en las sociedades más desarrolladas. Que alguien escriba singularmente bien no deja de ser un hecho misterioso, se trate de mujeres o de hombres.



Sor Juana, en el México colonial y barroco, confirma la regla del cuarto propio, que en su caso fue más cerrado que otros, pero menos propio: la celda. Y en la misma época no hay en España mujer que se le compare. Aunque le baste a España haber tenido, un siglo antes, a Teresa de Avila. La comparación entre las dos monjas pone en evidencia más diferencias que semejanzas (Sor Juana, tan culta y culterana, y santa Teresa, tan inmediata e inspirada); sin embargo, las une un elemento común: las dos tuvieron que luchar contra la burocracia eclesiástica. Por otra parte, ellas, como monjas, también se integran al coro de las solitarias que cantan por amor.

¿Qué pasa en nuestra América española después de Sor Juana? Tenemos, claro, poetisas románticas: algunas conocidas y reconocidas; muchas anónimas. La poesía, en el siglo XIX, es para las mujeres —como la pintura a la acuarela y las flores bordadas a “petit point”— un amable entretenimiento y un desahogo permitido. También son poetisas, las primeras mujeres que se destacan en nuestro siglo: Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou, Gabriela Mistral. . . (Y, entre ellas, la primera mujer que recibe un Premio Nobel). Mujeres marcadas, en mayor o menor medida, por la soledad; y en un caso —Alfonsina Storni— por el suicidio; en otro —Delmira Agustini— por ser víctima de un asesinato pasional (el marido se suicidó después de haberla matado). Romanticismo tardío llevado hasta sus últimas consecuencias.

Me estoy refiriendo a historia —a historias— sólo de ayer: Juana de Ibarbourou, acaba de morir, y las otras, podrían vivir aún los últimos años de una larga vida, si la propia no hubiese sido tan intensamente breve, y mutilada. Lo que resulta evidente es que entre ese ayer tan próximo y el hoy que empieza hace quince años, el cambio es radical. Demasiado pronto aún para hacer el balance de lo que han escrito las mujeres, en todas partes, en este breve período; varios libros llenarían la crítica, o la simple reseña, de novelas, poesía, ensayo sociológico y antropológico, crítica literaria, reportajes, etc., que han escrito las mujeres. Pero, además de la cantidad, quizás sea importante señalar algo nuevo: por vez primera, las mujeres hablan de sí mismas no sólo para llorar soledades y abandonos, no sólo para lamentar las injusticias sufridas (en el pasado y en el presente), no sólo para analizar las leyes, las costumbres, los prejuicios vigentes en el mundo de los hombres, sino para afirmarse, para valorizarse en cuanto mujeres. Ya no: “somos iguales, queremos ser iguales”, sino: “somos diferentes y nos gusta ser diferentes”. Y no sólo se rechaza el supuesto elogio de “escribir como un hombre”, sino se pretende “escribir como mujer”.



Sobre toda la gama de igualdades y diferencias, mucho se ha dicho y tal vez falte mucho por decir. Precisamente el tema de la escritura femenina como tal es uno de los más debatidos actualmente (de ello se trata en este mismo número, respecto a escritoras francesas e italianas). Y también se ha hablado de un arte femenino, de una pintura feminista, etc. Reivindicación de lo femenino que, como casi todas las reivindicaciones, puede llevar a excesos, pero que tiene sus razones. Creo que el pensamiento y la creatividad artística son aptitudes esencialmente humanas, que no admiten la diferenciación del sexo. Pero eso no excluye que la mujer, como alguien que viene de otro continente —el de la oscuridad y el olvido— pueda tener algo propio que decir.

Muchos piensan también que las mujeres ya estamos diciendo demasiado, o escribiendo, o hablando demasiado. Es un viejo reproche, por lo demás, que se aplicaba a las inocuas “charlas de mujeres”, pero que en estos últimos años hasta podría estar justificado. . . Debe entenderse, sin embargo, que es muy explicable el deseo de hablar, y hasta el exceso de palabras, en quien mantuvo —salvo breves intermitencias— un silencio milenario.